

CAPITULO XI.

Luis XIV trata de justificarse ante las potencias de Europa.—Diversa actitud que toman éstas.—Felipe V en Nápoles.—Dan principio las operaciones.

El día 2 de abril de 1702 embarcóse Felipe V en Barcelona, dándose inmediatamente a la vela las veinte galeras y los ocho navíos que habían llegado de Francia, dirigiendo el rumbo hacia Nápoles.

Luis XIV, que había conseguido con sus habilidosos trabajos que su nieto fuese proclamado lo mismo en los Países-Bajos que en Milan y en Nápoles; que empleando, bien los halagos, bien las amenazas, había conseguido el reconocimiento de Portugal por medio de su alianza con el rey Luis; que por medio del enlace de Felipe con la hija de Saboya atrajo también al turbulento y revoltoso Príncipe, y que en Alemania ganó a los electores de Colonia y de Sajonia y al obispo de Munster, comprendió, sin embargo, que en Alemania serían inútiles sus esfuerzos y que la decisión de aquel gran litigio á que había de dar lugar la elevación al trono de Felipe, no tendría otro remedio que sujetarse á las armas.

Sin embargo, quiso justificarse algun tanto por este acto, y al comunicar oficialmente, lo mismo á Alemania que á las potencias marítimas, aquel acto, trató de justificarlo por medio de la necesidad y como un sacrificio hecho por la Francia en pro de la tranquilidad de Europa.

Mas estas frases no podían satisfacer á los que estaban acostumbrados á apreciar en lo que verdaderamente valían las frases y las seguridades del monarca francés.

Creyeron ver en la elevación de Felipe V al trono de España, el propósito de unir el Portugal á España con Holanda á los Países-Bajos, restablecer en el trono de Inglaterra á los Estuardos, y quizás, en un plazo no muy lejano, reunir en una misma cabeza las dos coronas francesa y española. Mas á pesar de esto ni Holanda ni Inglaterra se declararon de momento en contra de Felipe, y únicamente el emperador Leopoldo negóse resueltamente á reconocer el testamento de Carlos II, preparándose para atacar á España.

Fundado en los dichos de la Reina viuda, del confesor y del inquisidor general, afirmaba que el difunto Rey había puesto su firma y sello en el testamento contra su voluntad, y decía que en ningún caso podía haber dictado una disposición contraria á los derechos reconocidos de su familia y á los compromisos solemnes de los tratados.

Así lo manifestó en una formal protesta su embajador de Madrid, el conde de Harrach, pidiendo en seguida sus pasaportes; y la corte de Viena preparóse para decidir la contienda por la vía de las armas.

Despachó ministros á las potencias marítimas y á los príncipes del Imperio, á fin de excitarles á la guerra; reclutó tropas en todos sus estados hereditarios, reunió un ejército en el país de Trento y en los distritos inmediatos, y sostuvo activas negociaciones con los descontentos de Madrid, que en su día había de producir sus resultados.

Inglaterra y Holanda, aunque no de un modo tan resuelto para responder á cualquier eventualidad, hicieron sus aprestos.

Pero Luis XIV, como de costumbre, anticipóse á todos, y de repente invadió con sus tropas los Países-Bajos, apoderándose, en combinación con el elector de Baviera, de cuantas plazas guarnecían los holandeses, con lo cual, intimidado el Gobierno, de acuerdo con el de Inglaterra, acordó reconocer á Felipe, exigiendo, sin embargo, que las tropas francesas evacuaran los Países-Bajos, proposición á la cual no dió contestación alguna el monarca francés.

El Emperador entre tanto alentaba secretamente á los partidarios que la casa de Austria tenía en España, donde era poco querido Portocarrero, y en Italia especialmente, fomentando los pequeños disgustos que en Nápoles existían respecto al virey duque de Medinaceli, hizo que estallase una conjuración, que aun cuando fué sofocada por el duque de Popoli y por el virey, demostró, sin embargo, las disposiciones que existían ya en el país.

Estas noticias fueron las que obligaron á Felipe á marchar á Italia. Grandes fueron los esfuerzos que hizo el Monarca por llevarse con él á visitar aquella parte de sus estados á la bella y jóven Reina, pero le fué imposible recabar lo que deseaba.

Luis XIV se opuso enérgicamente, alegando que en el momento en que el partido austríaco empezaba á agitarse en la Península y en el extranjero, la marcha de los monarcas podía interpretarse como un abandono del solio. A esta resolución tuvieron que resignarse los enamorados consortes, y entonces se trató del gobierno que debía quedar en Madrid en ausencia del Monarca, compuesto de su esposa, Portocarrero, Arias, Montalto, Villafranca, Monterrey y Medinaceli, á quien ya había reemplazado en Nápoles el duque de Escalona.

Poco tiempo despues llegaron las naves francesas con el almirante Estrées, y el Rey se embarcó acompañado de los tres ministros que le habían seguido, del secretario Ubilla, del embajador francés y de varios nobles y señores españoles y franceses, con sus mayordomos y pajes.

Su entrada en Nápoles fué tan ostentosa como entusiasta. Multitud de nobles napolitanos salieron á recibirle, y lo mismo el pueblo que las tropas le aclamaron con entusiasmo.

Pero á pesar de todo este entusiasmo advertíase que había más de la impresion del momento que no del verdadero afecto.

Hizo, no obstante, Felipe cuanto pudo para captarse el aprecio

público; indultó á los comprometidos en la pasada conspiración; rebajó el impuesto; perdonó deudas; remuneró á los que se habían conducido bien en el motin de setiembre de 1701, y confirió á algunos la grandeza de España; presentábase con dignidad en los sitios y diversiones públicas; juró los fueros y privilegios otorgados por sus antecesores, y finalmente daba ejemplo de devoción y de piedad. Con todo esto no cesaban de susurrarse tramas, que probaban no ser del todo sinceras aquellas demostraciones de afecto. Deseaba Felipe V ponerse al frente del ejército de Normandía, donde los imperiales, conducidos por el príncipe Eugenio, disputaban á españoles y franceses el Milanesado. Hizo prisionero al mariscal francés Villeroy, reemplazado por Vendome. Cincuenta mil franceses, enviados por Luis XIV, obligan al príncipe imperial á levantar los sitios de Mantua y de Goito, y á concentrar sus fuerzas entre Mantua y el Po; salió Felipe de Nápoles el 2 de junio de 1702 y el 11 desembarcó en Fiesole, donde, unido al gobernador de Milan, príncipe de Vaudemont, dió libertad á algunos oficiales alemanes, y prosiguió su viaje á Milan, adonde llegó el 18 del propio mes.

Mostráronse tan adictos los naturales que, á diferencia de catalanes, aragoneses y napolitanos, no le exigieron que jurara sus fueros, atención que el Rey agradeció por su parte. El 1.º de julio siguiente salió á campaña, y en Gremono, donde celebró consejo de generales, determinó el Rey mandar en persona un ejército de treinta mil hombres con el duque de Vendome y el conde de Aguilár, general de la caballería. Otro de veinte mil lo había de mandar el príncipe de Vaudemont con el marqués de Aytona, maestre de campo general. Dispuestas así las fuerzas, las dividió en columnas, de las cuales la izquierda era la del Rey, y se dispuso á pasar el Po; cerca de este río el de Vendome encontró un cuerpo respetable de imperiales, con el cual trabó un reñido combate, y derrotados y deshechos éstos, dejaron en el campo de batalla más de mil muertos y multitud de pertrechos y estandartes. Dióse á aquel sitio el nombre de Campo de la Victoria, y aquella noche misma comunicó el Rey tan fausta nueva así á su esposa como á Luis XIV, su abuelo, quien publicó el parte en Versalles con gran pompa.

En más de dos meses que asistió Felipe á las operaciones apenas dió un día de descanso á las tropas. Para unir más estrechamente á ambas naciones, mandó que á la escarapela encarnada, que era la de los españoles, se añadiera la blanca, que era la de los franceses, quedando así confundidas sus divisas. En el combate que se dió á orillas del canal del Tezo, 14 y 15 de agosto, murió, por parte de los austríacos, el príncipe de Commerci, el mejor de sus generales y el más querido del príncipe Eugenio; por parte de los aliados, el mariscal de Crequy, y el mismo rey Felipe salió ligeramente herido. Distinguiéronse en aquellas jornadas el de Vendome, el de Lobolla, el conde de San Estéban de Gormaz, el de Monteleon, el marqués de Villena, y otros ilustres generales españoles. El resto de esta campaña se pasó rindiendo casi todas las plazas que ocupaban los imperiales. A fines de setiembre se retiró Felipe V á Milan para regresar á España. Escribióle por entonces Luis XIV elogiando su comportamiento y prodigándole grandes alabanzas «que, le decía, no deben pareceros sospechosas, siendo yo quien las tributa, así como os daré consejos por vuestros defectos.»

No necesitaba ménos el anciano monarca francés de buenos consejos. En efecto, su conducta con las demas naciones no era lo prudente y moderada que debía ser, envolviéndose él y á la España en sangrientas luchas. Irritó á la Holanda, invadiendo los Países-Bajos; lastimó los intereses mercantiles de la Inglaterra, cerrando á esas dos potencias marítimas los puertos de España, poniéndolas en el caso de confederarse con el imperio, con Dinamarca y Brandeburgo, á fin de impedir la reunion de las dos coronas de España y Francia, y la posesión que ésta pretendía de una parte de las Indias Occidentales españolas, y la agregación de los Países-Bajos á la Francia. Otra imprudencia mayor cometió aún, y fué que, muerto el destronado rey de Inglaterra Jacobo II, reconoció á su hijo como legítimo heredero; acto que los ingleses miraron como un atentado á sus derechos.

Habiendo sorprendido la muerte al belicoso Guillermo III cuando acababa de enviar á Holanda un cuerpo de diez mil hombres al mando del conde de Marlborough, le sucedió en el trono la princesa Ana, protestante y enemiga de la Francia. Renovóse la union de la Inglaterra y la Holanda, como cuando regia á ambas Guillermo de Nassau. Mientras Marlborough reunía en los Países-Bajos un ejército de sesenta mil hombres, el duque de Borgoña, por parte de la Francia, mandaba otros tantos, dirigidos por el mariscal Bullers. No obtuvieron, sin embargo, los franceses ventajas, ántes bien perdieron varias plazas como Venlúo, Ruremund y Lieja, y en la Alsacia la de Landau.

La dieta de Ratisbona en tanto declaró la guerra en Alemania, y publicada á la vez el 15 de mayo de 1702 en Lóndres, Viena y La Haya contra Luis XIV y Felipe V, como usurpadores del trono de España, estalló por fin, sosteniéndose por los generales del imperio con varias alternativas.



J. SERRA, 19.

Lt. VIDAL, Oimo, 27.

COMBATE NAVAL EN LAS AGUAS DE VIGO.

CAPITULO XII.

Presentase en Cádiz la escuadra aliada.—Decision de la Reina.—Piérdese en el puerto de Vigo la flota de Indias.—Regresa Felipe V á España.

ENTRETANTO que los anteriores sucesos se verificaban fuera de España, tenían lugar en ella otros de distinto carácter, si bien todos relacionados entre sí.

Nombrada la Reina, como hemos dicho, lugarteniente del reino, apresuró á reunir Cortes en Zaragoza, donde, despues de jurar los fueros y leyes del reino, siendo recibida con muestras de afecto, explicó los motivos de la partida del Rey á Italia, rogándoles que atemperasen sus leyes y fueros segun los dictara su prudencia, solicitando un donativo de trescientos mil pesos y excitándoles á concluir estos trabajos lo más brevemente posible en vista del estado en que se hallaba la monarquía.

Pero ni estas Cortes ni las de Cataluña se presentaron más dispuestas á transigir en lo que á sus fueros y privilegios tocaba.

Todo lo que María Luisa pudo obtener fueron cien mil pesos, que se apresuró á enviar á su marido.

En esto se vió precisada á terminar aquella asamblea apresuradamente, á consecuencia de varios pliegos urgentísimos de su esposo y de Luis XIV, previniéndola se trasladara á Madrid al punto, donde se temían nuevos sucesos.

Llegada á la capital el 30 de junio, verificó su entrada sin ostentacion ni aparato, pues ya de antemano había avisado que se excusaran fiestas ni regocijos, que tan mal sentaban en la situación presente con el estado general del reino, y se dedicó sin descanso al despacho de los negocios públicos, que por desgracia se hallaban muy léjos de haber mejorado.

Portocarrero, encastillado dentro de su autoridad, no permitía que se le disminuyera en un ápice: esta tenacidad, esta resistencia era causa de que surgieran nuevamente las antiguas disidencias que había entre los ministros y el decidido afecto; la semiproteccion que se profesaba á todo lo francés, empezaba á provocar una reaccion, que se traducía en quejas y declamaciones contra el vecino reino: agriábanse los que veían irse montando la administración á la francesa, y sobre todo, lo que más desesperaba era que para todo se había de consultar con Luis XIV, á la sazón en Versalles, ó con Felipe, que se hallaba en Italia.

Léjos de desalentar á María Luisa aquel revuelto mar de la política, incansable y activa, no se dió punto de reposo: de todo se enteraba, y tan solícita en aliviar las necesidades de sus pueblos era, como cuidadosa de enviar á su esposo cuantos fondos calculaba que podría necesitar.

El pueblo de Madrid, en quien siempre manifestó absoluta confianza, y al cual ella misma leía desde el balcón las cartas de su esposo, la consagró tal y tan decidido afecto, que entonces fué cuando Luis XIV empezó á conocer el mérito de la Reina, como se lo manifestó en una carta en que le decía: «No consejos sino elogios debo daros. Seguid como hasta aquí vuestras inspiraciones con entera confianza; seguro estoy de que siempre tendré que admiraros y renovar la seguridad de la ternura que os profeso.»

Un nuevo suceso vino aún á complicar el malestar de la nacion y del gobierno español: el arribo á la bahía de Cádiz, en julio de 1702, de una escuadra anglo-holandesa de cincuenta buques y catorce mil hombres de desembarco, mandados por el duque de Armond y los almirantes sir Jorge Rooke y Allemond.

El objeto de esta escuadra era apoderarse de Cádiz para establecer un centro de operaciones y procurar un alzamiento general contra Felipe. El plan había sido fraguado entre el príncipe de Darmstadt y el almirante de Castilla, uno de los magnates enemigos del gobierno de Portocarrero, y de grande influjo en las provincias del Mediodía.

Ruinosa y desguarnecidas sus fortalezas, desprovistos los almacenes, sin tropa de que disponer el gobernador de Andalucía, marques de Villadarias, razon había para alarmarse.

La poca fuerza militar de España estaba en Italia y en Flándes, por lo que no excedía de veinte mil hombres lo existente en la Península; y su marina se reducía á unos cuantos buques inservibles, segun expresamos ya al hablar del estado de España á la terminacion de la casa de Austria.

Todos los magnates y la nacion entera hallábanse bajo la impresion de la desagradable noticia recibida.

Unicamente, en medio de aquel general desconcierto y de aquella consternacion extraordinaria, la jóven reina María Luisa de Saboya, con una entereza superior á sus años, reunió el Consejo, y dijo: «Yo veo que no pensáis en la Providencia, segun la necesidad lo pide: el Rey, empeñado en combatir sus enemigos en Italia ha expuesto cada día su persona á los mayores peligros, y no será justo que en el interior yo esté con quietud viendo padecer sus vasallos y peligrar la España. Y así, tened entendido que desde esta tarde saldré yo á campaña, é iré á exponer mi persona por mantener al Rey lo que es suyo y librar á sus vasallos de las hostilidades de los ingleses; pues cuando el Rey acabe allá, y yo perezca acá por tan justa causa, habremos cumplido lo que ha estado de nuestra parte, y así mis joyas, oro, plata y cuanto tengo ha de salir hoy conmigo de esta corte, para ir á la oposicion de los

enemigos.» Y diciendo esto dejó derramar algunas lágrimas. Las palabras de la jóven Reina sacan de su apatía á los ministros; Portocarrero se ofrece á mantener seis escuadrones de tropas ligeras, el arzobispo de Sevilla los frutos y rentas de su arzobispado, el obispo de Córdoba un regimiento de infantería; clero, nobleza, pueblo, todos ofrecen sus vidas y haciendas, y hasta el conde de Melgar, para disimular su complicidad en aquella empresa extranjera contra su patria, ofrece sus servicios á su soberana.

Por fortuna, desacordes los jefes de la expedicion, no pudieron realizar el desembarco de toda su gente, limitándose á amagar los fuertes de Santa Catalina y Matagorda, á saquear los pueblos de Rota y Puerto de Santa María, donde los gaditanos habían transportado sus objetos más preciosos, sin poder evitar que cebara aquella turba desenfadada allí su codicia. Acobardados ante la actitud imponente del país, volvieron á embarcarse. Y el príncipe de Darmstadt, que dijo con arrogancia: *Había ofrecido ir á Madrid pasando por Cataluña, ahora veo que será preciso ir á Cataluña pasando por Madrid*, renunció á venir á la corte, contentándose con los millones á que ascendió el fruto del pillaje y del saqueo.

Por este tiempo una flota que venía de Indias con dinero al puerto de Vigo, escoltada por una escuadra francesa, fué atacada por la escuadra anglo-holandesa, que tuvo noticia de su arribo, y rompiendo la cadena que defendía la boca del puerto, á pesar de sufrir el fuego que se les hacía desde los baluartes de la ciudad, apresaron trece navíos españoles y franceses, entre ellos siete de guerra, echaron á pique otros, y perdióse una inmensa riqueza en oro y mercancías, pereciendo dos mil ochocientos entre unos y otros en aquel desastre lastimoso. La Reina lamentó tan fatal nueva, pero revistióse de firmeza por no desalentar á su pueblo, tívose por conveniente no procesar á los culpables, «que serían muchos,» y aún pudo sacarse no despreciable cantidad de oro y plata de los buques que se habían ido á fondo.

Nombróse embajador cerca de Versalles al almirante de Castilla para alejarle de la corte, pues sólo se tenían de él sospechas.

Admitió la embajada, y despidióse de la Reina y de la corte, tomando el camino de Francia. A pocas jornadas, fingiendo haber recibido nuevas instrucciones de la Reina, para pasar á Portugal, varió de rumbo y penetró en él, dirigiéndose á Lisboa, donde desembozadamente publicó un manifiesto que era una inyectiva contra el Gobierno de Madrid, aunque protestando todavía fidelidad á su Rey. Fué, sin embargo, proclamado rebelde, de que dió grandes pruebas más adelante como partidario del archiduque de Austria. Formósele proceso y se le confiscaron los bienes. Esta decepcion de uno de los magnates más influyentes de la nobleza de España se consideró como el anuncio de la guerra civil.

En tanto Felipe V se hallaba detenido en Milan, y allí pasó revista á un regimiento de caballería española y otro de infantería walona, con una compañía de mosqueteros flamencos, creados para guardia de su real persona. Hizo merced del Toison á sus hermanos y á otros caballeros franceses; otorgó mercedes de títulos y grandezas de España, designó las personas que habían de acompañarle á la Península. Milan le regaló una corona y un centro de oro, único presente que el Rey quiso aceptar de aquellos naturales. Allí recibió al cardenal d'Estrées, embajador extraordinario de España nombrado por Luis XIV para reemplazar al conde Marsin.

Las instrucciones que este embajador llevaba manifiestan que era más conocedor del pueblo español, puesto que en ellas le exponía que la excesiva preferencia que Felipe daba á los franceses ofendía la dignidad y el orgullo español, cuyas simpatías corría riesgo de enajenarse.

El 7 de noviembre de 1702, acompañado del nuevo embajador, partió de Milan con direccion á Génova, en cuya república se detuvo varios días, recibiendo los obsequios del Dux y del Senado. Allí tuvo la noticia de la catástrofe de Vigo, mas no por eso aceleró su viaje á España.

Desde el 16 de noviembre hasta igual día del mes siguiente empleó en trasladarse desde Génova hasta Figueras, donde le esperaba el conde de Palma, virey de Cataluña.

Desde aquel punto expidió un decreto que por extraordinario despachó á la Reina, en cuyo decreto disponia cesase la Junta de Gobierno que se había creado al tiempo de su expedicion á Italia, agradeciendo el celo con que durante su ausencia todos los ministros desempeñaron su cargo, ofreciendo tener presentes sus servicios para remunerarlos en su día, ordenando finalmente que se le remitiesen todos los negocios para despacharlos por sí mismo.

Emprendió luego su viaje por Cataluña y Aragon, deteniéndose algun tiempo en Barcelona y Zaragoza.

En Guadalupe se unió á él la Reina, y juntos hicieron su entrada en Madrid por segunda vez el 17 de enero de 1703 con grandes demostraciones de júbilo por parte del pueblo.



LA PRINCESA DE LOS URSINOS.